

«A los educadores, profesores, catequistas y teólogos corresponde la tarea de poner de relieve las *razones antropológicas* que fundamentan y sostienen la vida humana» (EV 82). Estas palabras de la Encíclica *Evangelium vitae* explican, en buena parte, la jornada —«En el aniversario de la *Evangelium vitae*»— que, con motivo del primer aniversario de su publicación, organizaron los Departamentos de Bioética y de Teología Moral y Espiritual de la Universidad de Navarra. Se trataba de estudiar, desde una perspectiva interdisciplinar, algunas de las cuestiones relativas a la promoción y defensa de la vida humana que, como bien se sabe, ocupa el centro del documento pontificio. Partiendo de la convicción que de alguna manera atraviesa toda la Encíclica —«la vida humana es siempre un bien»—, las diferentes intervenciones se orientaron a poner de relieve tanto los fundamentos como las consecuencias de esa tesis fundamental.

En el hombre la vida física ni se agota en sí misma, ni representa su bien supremo, aunque «en cierto sentido constituye el valor 'fundamental', precisamente, porque en la vida física se apoyan y desarrollan todos los demás valores de la persona». Para una penetración adecuada del valor y sentido de la vida humana —entendida ésta como vida física o en la situación en que pueda encontrarse— es del todo necesario no perder de vista que el sentido de la vida es el que afecta a ésta como un todo. El hombre se percibe a sí mismo como un bien que ya es pero que todavía no lo es en sentido definitivo. Vive en tensión hacia la plenitud aún no poseída. La dimensión ética que caracteriza todos los actos de la persona humana muestra que su vida es camino hacia la propia realización como persona. El hombre se advierte a sí mismo como dotado de una dignidad inviolable y a la vez como una tarea o proyecto a realizar. El fundamento de esa tensión y valor absoluto es el amor creador y redentor de Dios. Por eso el respeto a la persona está en valorarla por sí misma, de acuerdo con la plenitud a que está destinada.

En este contexto se comprende que una antropología positivista o materialista no tenga en cuenta la vida humana más que en sentido biológico. Eso es lo único que puede comprobar la ciencia natural. Y una vez que el concepto de vida queda reducido al estado biológico, se ha operado ya la reducción del hombre a su mera organografía. Los conceptos de feli-

cidad y alegría se desarrollarán también en ese ámbito: tener una vida buena será tener una vida sana. No se planteará el sentido de la vida ni que la vida tenga un sentido. Y el sufrimiento, la vida deficiente, serán realidades que no se pueden soportar.

El programa de la Jornada se componía de dos conferencias —«Cultura de la Vida» y «Celebrar el Evangelio de la vida»— a cargo de los profesores J. L. Illanes y G. Herranz respectivamente; y de una mesa redonda sobre el tema «Vida, aborto y eutanasia: aspectos médicos y morales» con los profesores A. Pardo y A. Sarmiento.

En este cuaderno se incluyen las intervenciones de los profesores J. L. Illanes y A. Sarmiento.